

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano.

¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa, y no te importe
si no puedes hacer barro.

(Antonio Machado, *Obras completas*,
Ed. Séneca, México, 1940, p. 238.)

Los griegos griegos —el «verde que te quiero verde»— no fueron tontos, como raza, o, si nos repugna la palabra, digamos como *pueblo*; griegos sueltos no sólo no fueron tontos, sino han sido los más inteligentes hombres que ha habido.

Los hebreos hebreos fueron tontos como raza, o como pueblo; y pasaron su cerrilismo y cerrazón mental por toda el Asia Menor, y sus linderos. Algunos hebreos que frente a su pueblo «*de dura cerviz*» —y es palabra de su Dios— se destacaron, advínoles la inteligencia por inspiración divina, de la que necesitaban para cosas tan elementales como decir «no matarás, no robarás, no codiciarás los bienes ajenos, no tomarás en vano el nombre de tu Dios...», o para recoger sin discriminación leyendas babilónicas o egipcias, o quedarse pasmados ante un canto nupcial o un drama teológico que ningún literato —ni griego griego ni clásico posterior ni romántico moderno— firmaría, a no ser por obligación de conciencia religiosa.

Esto no es lo peor —pues «cada cual es como Dios lo hizo», dijo Sancho Panza. Lo peor fue que ciertos griegos, no tontos —tampoco de los más inteligentes—, y algunos hebreos, mediocres de natural —lo que no obstó para que se creyeran inspirados nada menos que por su Dios—, se dieran por obligación de conciencia moral, religiosa y política cambiar de vocación: griegos, a tomar en serio, con seriedad filosófica,

leyendas mesopotámicas y palabras de vago, hiperbólico e híbrido sentido; hebreos, a querer hablar en griego, o en romano, de lo que no entendían ni por lenguaje ni por sentido —a tomar en serio, la filosofía con la seriedad propia de profecía y según los modos antifilosóficos de apocalipsis, epifanías y evangelios.

De esas cuestiones, híbridos de profecía y apófansis, de mitología mesopotámica griega, de logos y evangelios hemos heredado nosotros, bajo el nombre de teología, un buen número: bueno, por grande; pésimo, por sus pretensiones de solución salvadora, respuesta definitiva y *sanseacabó*.

Una de ellas, y no por cierto la menor o marginal, es la de creación de nada, con sus indisimulados desdén y menosprecio por la producción o cualidades humanas.

Machado tuvo que hacerse, a no dudar, violencia a lo que de cristiano tenía —y por herencia tenemos casi todos—, para exclamar:

¿Dices que nada se crea?

No te importe...

¿Dices que nada se crea?

no te importe

si no puedes hacer barro.

Tres son, entre otros, los prejuicios que ese híbrido de filosofía y mitología semítica, que es la noción de creación, nos ha inoculado, y circula por nuestras venas desde siglos.

Primero: El de que nada se crea ya —desde que Dios creó, a golpes de palabra, los cielos y la tierra, y cerró al cabo de seis días el periodo creador, y se puso a descansar; y, claro está, continúa descansando de crear cielos, tierra, estrellas y animales...

Segundo: Que producir algo de *nada*, sin material preexistente, constituye la hazaña de las hazañas; o que lo importante no es lo hecho; lo importante es que, de lo hecho, sea lo que fuere, no haya habido nada antes. Sobre todo que no preexista el *barro*, o materia informe a reformar.

Tercero: Producir algo por sólo decirlo, por la sola, muda

y simple palabra; tal ha de ser el modelo supremo de producción, descalificador automático de *manos* —y de alfareros que no producen cacharros y vasos por palabras mágicas o sacramentales, sino por obra de sus manos, como operarios u obreros.

Tratemos de reivindicar para nosotros las categorías de barro, obrero e inventor, dejando para quien las quisiere las de nada, oráculo y creador.

¿Dices que nada se crea?

No te importe...

Las cosas no tienen más importancia que la que nosotros les damos. Pero tanta y tanta, y por tantos siglos, puede haberles dado a algunas la humanidad que, a lo último, resulten importantísimas y lo único y más importante —que, a tal paso, el más pobre de este mundo llegaría a ser el más y el único rico, si todos los ricos se pusieran, ¡oh inverosimilitud de inverosimilitudes!, a regalarle su dinero, y la consiguiente importancia de Don Dinero.

La abstracción —total, formal, fenomenológica...— sacude las cosas concretas, y cáenseles sus individualidades al primer remezón, sus diferencias específicas al segundo... y al cabo de pocos más despréndense hasta las categorías, quedando limpio, mondo y puro *el ser en cuanto ser*. Frente a su universalidad de universalidades, ultratransparente pureza y supradiamantina simplicidad lo demás: de Dios a protón, de sustancia a relación... carece de calidad ontológica. La ontología es la descalificación misma de los entes.

La *importancia* constituye el orrelativo método o procedimiento de limpieza valorativa de las cosas. Importancia es abstracción valoral.

Afirmación, negación: potencias lógicas.

Importancia, no importancia: potencias valorales.

Pon rse a afirmar o a negar: poderes del Yo lógico. Dar importancia, no dar importancia: poderes del Yo

libre.

Descartes y Husserl percibieron con deslumbrante claridad el abismo sin fondo que se abre entre afirmación y *ponerse* a afirmar; negación, y *ponerse* a negar; y el correlativo entre verdad, y *ponerse* a afirmarla; falsedad, y *ponerse* a negarla. El abismo lo franquea la libertad —no la verdad ni la lógica ni ontología ni la teología. Yo soy quien, libremente, *se pone* o *se da* a afirmar o a negar. La libertad lo es, inclusive y principalmente, frente a verdad y falsedad, afirmación y negación. La libertad posee, por tanto, función y poderes supraontológicos. *Abstenerse* de ponerse a afirmar o *abstenerse* (*epokhé*) de ponerse a negar no son abstracción, formal o lógica, cual las llamadas abstracción total, formal o funcional... Es *abstracción real*: poder por el que el Yo se abstrae o separa, digno y pulcro, de todos, aun de verdad y falsedad, sin descender a discutir con ellas en su terreno, en su contenido.

Podrá ser algo verdad tan grande como un templo; no por serlo tengo yo —tiene un Yo— que *ponerse* a afirmarla. La verdad no puede arrancar a un Yo la afirmación. Se trata de un poder del Yo, descalificador de verdad y falsedad. Por muy bien que nos demuestren que Dios existe, o que $2 + 2 = 4$, entre esas verdades y el Yo se interpone el abismo sin fondo de mi libérrimo ponerme a afirmarlas o el abstenerme de ello. A la verdad le hacemos, a veces, la *gracia* de afirmarla; a la razón o razones les *damos*, a veces, razón; y casi iba a añadir que, es natural, mas no necesario, que se haga.

Lo mismo pasa con bienes y valores. Podrán ser la justicia, la lealtad, el amor, la urbanidad... valores tan excelsos unos, excelentes todos, cuanto que se quiera, o pretenda una jerarquía o teoría de valores. Y tribunales de justicia, cortes supremas, códigos, amigos, personas educadas... apreciabilísimos bienes son y concreciones peculiares de tales o cuales valores; si no nos da la gana de darles importancia, quedan reducidos a la impotencia, a no poder hacer valer el valor que son. El valor no puede hacerse valer, en definitiva y última instancia, sino mediante un acto de libérrima, supravalorar decisión del Yo.

La importancia no es, pues, un valor; es el originalísimo poder de hacer que los valores *realmente* valgan, o dejen *realmente* de valer. Podrá una realidad estar cargada, recargada

y sobrecargada de bondad; si no nos ponemos a *darle* importancia, si no nos *da la gana* de dársela, resultará impotente para hacerse ella, la bondad en persona, valer. El valor es desvalido sin nuestra libertad.

No tiene importancia alguna, ni ontológica ni valoral, el que haya o no haya algo, nada o ser, antes de ponerse a crear o a hacer.

Con todo el ser auestas, el uranio miles de millones de años desintegrándose, tonta y pertinazmente —dicen que calentando la tierra: algo tenía que hacer, según la ley de conservación. Cuando el hombre *se puso* a hacer algo con él, entró el uranio en la historia, o dominio de novedades. Fue *creado*; y tal día de tal año —¿1936, 1944?— fue el día de su creación. El otro, el uranio natural, igual pudo ser hace dos mil millones de años que cien mil millones de millones de años, que un quintillón de años... que un segundo, que una millo-nésima de segundo..., y pudo quedarse tal cual por otros tantos y más millones de siglos, por los siglos —casi iba a decir *amén*.

Que si no hubiera habido uranio natural no se hubieran inventado la bomba o reactor atómicos, es cierto; pero por sólo haber habido tal uranio natural, no se sigue que se inventara bomba o reactor. De realidad a invención, no hay paso. Porque una cosa no sea real, no por eso solo tiene que venir al ser por creación; de ser esto verdad, no sería real este segundo de este minuto de este año en que estoy escribiendo, puesto que esta novedad, por ínfima que sea —y por mucho que la queramos *ningunear*—, nunca antes fue, nunca después será. Surge entera ahora, de golpe, sin causa necesaria y suficiente. Adviene *porque sí*.

Existía, no existían, respecto de creación, cosas neutrales. Y no han sido ni creados ni no creados el ser y la nada.

Mejor lo dijo Machado, sin metafísicas o filosofemas:

... *No te importe
si no puedes hacer barro.*

Lo importante no se cifra en sacar algo de la nada o del ser, sino en lo que se saca; en el producto, en lo hecho, y en quien lo hace.

Dando una mirada al mundo circundante, decía con uno de sus típicos desplantes Pío Baroja: *esto... lo hace cualquiera*. La cosa es peor metafísicamente; y será Sartre quien lo diga: el mundo natural, el ente, para ser lo que es tiene que recobrase de sus causas, y ponerse a serlo *en sí*. Si es que hubo causas, el ser, para ser, las borra. Ser es borrar y cuenta nueva de causas. Llegada la hora de nacer, el hombre tiene que respirar él, de por sí; y por el solo respirar y latir el corazón no sabríamos que hemos tenido madre; lo sabemos por otros, que, a su vez, saben sólo por sí que respiran y viven.

Que el ser ha sido creado sólo puede saberse, a lo más, por verlo pasar a otro, y a manos de su causa, y aun así llegará un momento: el de la realidad de verdad, en el que el ser sea y tenga que ser lo que es por sí, en sí, so pena de que la causa misma no haya hecho nada sino mirarse cara y manos en un espejo que ni siquiera es espejo *en sí* ni sirve para mirarse y verse obrar y ver *en él* lo hecho.

Encontrarse con que el ser —natural o inmediato, material o no, espiritual o no...— está ahí —hecho o no hecho— carece de importancia. Los griegos lo comprendieron; y crear de la nada les pareció un sinsentido, por anterior e indiferente a todo sentido y contrasentido.

La *Biblia* no dice otra cosa. Dentro de ese cajón de sastre de la sabiduría semítica, como llamó Machado al Antiguo Testamento, una de las tradiciones cosidas en el Génesis sírvese constantemente de la palabra *amasar*, y no de la de *crear*, usada en el paño o retazo insertado en el comienzo del Génesis. La tradición de barro, ladrillos, amasijo... babilónicos hablaba en esa palabra, inteligible a semitas de aquella región. Nada les importó no poder hacer barro; lo tomaron sin más requilorios. *Alfarero, a tus cacharros*. Se pusieron a fabricar, y dejaron monumentos ... y no palabras, inspiradoras de futuros bizantinismos conceptuales, híbridos de griego y semita.

Por decoro, mal podía Dios descansar de sólo *decir: hágase, hágase*. Descansó Dios de realmente amasar, en siete días, nada menos que cielos, tierra, plantas, animales y hombre. Eso se llama trabajar, en firme y en grande. Y merece descanso, y es un buen ejemplo para trabajadores. Lo otro de *decir: hágase, hágase* ha sido el mal ejemplo justificativo de la pereza multiseccular de tantos arios y semitas helenizados a medias y a cuadros para los que pensar y decir serán las bienvenidas y decorosas vestimentas de la pereza y del desdén por la realidad: por las categorías de barro, obrero e inventor; o por la historia: serie de inventos, para los que todo el ser —natural o no, genético, jurídico, social, económico, religioso— sirve, sin más remilgos ni respetos, de simple material: de *barro*.

El magnificante desplante de otro español españolísimo: D. Miguel de Unamuno: *que trabajen ellos*, ha llevado, en nuestra desdichada España, a que no nos importe, ni haya importado por siglos —sea dicho trastocando las palabras de Machado— el que tantos hermanos nuestros carezcan de copa —casa, higiene, alimentos, ropas, tierra, trabajo, instrucción...—, y nos paguemos de grandes palabras: Catolicismo, Orden, Civilización cristiana, Voluntad de Dios...

Aunque no lo parezca, todo ello se sigue, con malditamente feroz lógica, de preferir las categorías de nada-oráculo-creador a las humildes y humanas de barro-operario-inventor.

Tomemos en serio, y no sólo va la cosa por España, lo de Machado:

*Alfarero, a tus cacharros;
haz tu copa, y no te importe
si no puedes hacer barro.
... con el barro
de la tierra haz una copa
para que beba tu hermano.*